



Galería Digital 50 Años Facultad de Ciencias y Educación

Remembranza de la Facultad de Ciencias y Educación: Medio Siglo Tejiendo Sueños y Descifrando sus Laberintos¹.

Memories of the School of Education: Half a century weaving dreams and navigating its labyrinths.

Alba Olaya León

PhD. in Education.

Docente-Investigadora de la Facultad de Ciencias y Educación.
Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Bogotá-Colombia.
acolayal@udistrital.edu.co

¹ Agradecimiento a Pastor Pérez Mg.

Resumen

En el marco de la celebración de los 50 años de vida universitaria de la prestigiosa Facultad de Ciencias y Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, la autora acoge la invitación a compartir las memorias de la facultad en este artículo de reflexión. La autora narra el trasiego por los laberintos académicos de la Facultad durante tres décadas visto desde los diferentes roles como bachiller, estudiante, egresada, funcionaria, y docente. El autor comienza retratando vívidamente el campus Macarena A, capturando la esencia de sus antiguas instalaciones con los extensos cambios renovadores que han dado nueva vida a su arquitectura. Continúa recordando las pruebas y triunfos en los años de aprendizaje en la Maestría, los sentimientos de derrota y pérdida en el laberinto seguidos de un exitoso regreso al camino académico. También narra la experiencia de apoyar procesos de gestión de la facultad. Destaca el orgullo de ser docente en esta facultad, la adaptación a la enseñanza virtual durante la pandemia de COVID-19 y los logros académicos de la licenciatura, así como el impacto positivo en la comunidad educativa y profesional. Este recorrido personal y profesional refleja no solo una evolución dentro de la universidad, sino también el orgullo duradero de pertenecer a esta alma mater que continuamente se levanta para enfrentar nuevos desafíos con la esperanza de contribuir a moldear el futuro de miles de estudiantes.

Palabras clave: : Facultad de Ciencias y Educación, Aniversario institucional, memoria universitaria

Abstract

As the prestigious School of Sciences and Education of Universidad Distrital celebrates half of a century of academic excellence, the author welcomes the invitation to share the faculty's memories in this reflection article. The author narrates the transformative journey in its labyrinths during the last three decades seen through the lens of a high school student, graduate student, alumnus, employee and professor. The author begins with vividly portraying the Macarena A campus, capturing the essence of its old facilities with their renewed extensive changes that have breathed new life into its architecture. Afterwards, it narrates the trials and triumphs encountered during the master's degree, the feelings of defeat and loss in the labyrinth followed by a successful return to the academic path. It also narrates the experience of supporting management processes. The pride of being a teacher at this faculty stands out, the adaptation to virtual teaching during the COVID-19 pandemic and the academic achievements of the degree, as well as the positive impact on the educational and professional community. This personal and professional journey reflects not just an evolution within the university but also the enduring pride of belonging to this alma mater that continually rises to meet new challenges with the hope to contribute to shaping the future of thousands of students.

Keywords: School of Sciences and Education, Institutional Anniversary, University Remembrance

Introducción

“When thanksgiving is filled with true meaning and is not just the formality of a polite ‘thank you,’ it is the recognition of dependence.”

Billy Graham

Mi primera visita a la Facultad de Ciencias y Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas fue a finales del año 1989 cuando la Facultad y yo cumplíamos 17 años. Llegar aquí desde el barrio Marichuela en Usme fue un paseo demás de dos horas. La sede me pareció inmensa. Lucía casi más grande que el barrio en el que vivía. Ansiosa, tímida y temerosa buscaba por el laberinto de la Macarena A, el mágico listado de admitidos para el programa de Licenciatura en Lenguas Modernas: español - inglés. Como en las historias de tesoros perdidos, buscaba en ese laberinto la llave que, soñaba en ese momento, me sacaría de la situación precaria que vivía. La llave que me abriría las puertas a un futuro mejor. El recorrido lo sentí interminable pues había muchos salones, oficinas y corredores fríos y oscuros. Fue una larga búsqueda ayudada por los estudiantes a quienes les pedí que me guiaran. Estos, en su típica picardía, me enviaban de extremo a extremo. Finalmente, encontré el listado, pero la búsqueda del tesoro fue infructuosa. Mi nombre no se encontraba en ese listado. Desilusionada le dije adiós a mi sueño de estudiar una carrera universitaria en esta Facultad.

Pero el laberinto me llamó de nuevo. Casi 10 años después regresé como estudiante de la Maestría, ya en otra sede más pequeña, amigable, de más fácil acceso y desplazamiento que quedaba en la calle 34. Había una oficina para el coordinador,

una recepción con una sala de espera que tenía una mesa circular donde nos reuníamos todos los maestrantes a charlar antes y después de clases y salones adecuados para el estudio. Fueron dos excelentes años de aprendizajes con profesores nacionales e internacionales como la Dra. Amparo Clavijo, la Dr. Claudia Torres, el Dr. Fernando Silva, la Dra. Clelia Pineda, el Dr. Euclides Valencia, la Dra. Melba Libia Cárdenas, la Dra. Mery Peterson, y la Dra. Myriam Simon, entre otros. Nunca olvidaré que uno de los trabajos finales para el curso de fonética fue transcribir tres películas en inglés (cuando aún no existía YouTube) y además hacer la transcripción fonética de cada una de esas transcripciones de las películas. ¡Qué tarea tan difícil!

Al finalizar todas las asignaturas del plan de estudios, experimenté también la frustración y el desánimo de no tener la suficiente disciplina para escribir la tesis y graduarme en el lapso estipulado. Perdida en el laberinto y con el desánimo por no haber terminado lo que comencé, abandoné la facultad por un periodo corto, pero fui rescatada gracias a DIOS y al ofrecimiento que hicieron de cursar un programa de actualización, donde en convenio con la Comisión Fulbright, se invitó a la Dra. Theresa Austin quien en compañía de un grupo de docentes de la maestría dirigieron enriquecedores seminarios. Pero, además, vi la luz al final del laberinto cuando fuimos asesores por un grupo de docentes de la Maestría y la Dra. Austin con el fin de terminar cada uno de nuestros proyectos de grado. Fue una estrategia exitosa pues porque junto con 16 maestrantes que habíamos habíamos conmigo desertado, tuvimos un final feliz en este programa. Recuerdo que las ceremonias de grado se realizaban en el Planetario Distrital y después de lograr mi grado de la

Maestría, por segunda vez, dije adiós a esta facultad.

Pero seguía regresando, otro tiempo después me encontraba en la Sede de la calle 63 en la Maestría en Lingüística Aplicada como asistente de la Revista Colombian Applied Linguistics Journal. En esas oficinas del sexto piso que cuando pasan vehículos pesados por la Avenida Ciudad de Quito, se sentía que todo se estremece estremecía y que el edificio se va iba a derrumbar. Esta dependencia lucía más moderna, con oficinas amplias, organizadas, y bien iluminadas por la luz y el calor que entraba por los grandes ventanales. Había computadores y escritorios más nuevos y hasta podías degustar un delicioso té. Claro que también se sentía la soledad, pues no muchas personas se animaban a subir los seis pisos de escaleras empinadas, desalineadas y fatigantes. En la oficina había una linda biblioteca, donde se exhibía una copia de los ocho ejemplares de la revista. En esta dicha biblioteca, las revistas estaban cuidadosamente organizadas de tal modo que el lomo de cada una, dejaba entrever el diseño de La Mola que caracterizaba la portada de la revista. Todo el proceso para publicación de artículos se hacía por correo electrónico, se enviaban y recibían muchos correos y se imprimían y se archivaban los manuscritos recibidos para cada volumen en carpetas A-Z. También se programaban frecuentemente reuniones presenciales del comité editorial en la oficina para cada proceso de selección y evaluación de los artículos que serían publicados en cada volumen de la revista. Desde esta sede, como asistente, recorría la ciudad con diligencias pertinentes en otras dependencias: el CIDC, Centro de Investigaciones en la calle 40, el IDEXUD Instituto de Extensión en Galerías y la oficina de publicaciones donde se radicaban los docu-

mentos con su respectiva copia y sello. Todo esto se requería para llevar a feliz término cada publicación. También se enviaban por correo postal un ejemplar a cada autor y evaluador como reconocimiento a su aporte académico. Tras después de unos años, de nuevo deje esta facultad tras el proceso que terminó con éxito en la publicación de algunos de los tantos volúmenes de nuestra prestigiosa revista Colombian Applied Linguistics CALJ. Dos años después, me enorgulleció escuchar la buena noticia que la revista había sido clasificada por Publindex, el Índice del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación que clasifica las revistas. Un reconocimiento muy tardío para el trabajo juicioso del equipo editorial.

Y pasado un buen tiempo, de nuevo regresé a la sede A de la Macarena A. En los tiempos en los que las aplicaciones para el concurso público de méritos era un proceso personal e intransferible. El procedimiento se hacía de la una manera larga, complicada y poco amigable con el medio ambiente. Entre los requisitos había que radicar la hoja de vida con sus respectivos soportes. Tocaba fotocopiar y archivar cada uno de los documentos en carpetas A-Z y luego venir a la sede para hacer una larga fila que iniciaba en la entrada de la oficina de la Secretaría Académica, recorría las escaleras desde el segundo piso por los pasillos, hacia abajo. En mi memoria, en esa época la sede lucía igual a como la recordaba desde mis años de bachillerato: el laberinto de salones y corredores fríos, solos y oscuros nada comparable a las dos últimas sedes que conocía.

Toda esa el área de la secretaría académica era de color terracota-café con pisos de baldosa pequeña y paredes de ladrillo sucios con pintadas y grafitis que ya no se podían leer y donde se adivinaban grafitis anteriores que no se habían borrado. La

fila era larga y tediosa, aún más cuando se observaba alrededor a tantos colegas con muchas más carpetas A-Z. Cuando por fin logré ingresar a la oficina, se veía que el espacio era demasiado pequeño para tantos escritorios y el personal de apoyo. Recuerdo varios escritorios de diferentes tamaños y cajas, y archivadores viejos por todos lados. Aún hoy recuerdo y siento admiración por los funcionarios que acompañaron este proceso y por el personal que duró todo el día contando página a página los miles de A-Z de cada uno de los aspirantes a ese concurso. Al terminar la radicación de la hoja de vida con la respectiva firma, sello y número de folios entregados, salí de la sede A de la Macarena A, era muy de noche. Al salir de la sede, me pareció increíble ver cómo las personas atravesaban la Avenida Circunvalar corriendo por debajo de un puente peatonal, jamás entendí porque no lo utilizaban, pero que obviamente hice lo mismo: cruzar por debajo.

Más de un año después de la visita a la Secretaría Académica, llegó mi tan anhelado primer día. Los celadores abrieron las puertas del parqueadero gratuito y saludaron con mucho respeto. Recuerdo mi asombro al ver ventas ambulantes por todas partes de la sede. Los pasillos y salones igual de oscuros, paredes desgastadas, pupitres de varios modelos plásticos y de madera, pero antiguos, realmente muy antiguos y dañados que también servían de escritorios a los profesores. Agregado a esto había goteras inmensas en los techos de los salones y de los pasillos. Los salones no tenían luz, ni televisores, ni video beam, ni mucho menos marcadores, ni borradores para el tablero. Incluso varios de estos solo tenían tablero de tiza. Una dotación anacrónica ya porque este tipo de tablero en muchas partes ya había sido discontinuado. años atrás.

Más asombroso fue saber que los baños no tenían papel, ni jabón, ni toallas de manos. La sede aún me parecía un laberinto donde siempre me perdía buscando salones, el laboratorio u oficinas con la diferencia que esta vez solo les preguntaba las ubicaciones a las secretarias. En la segunda semana, decidí comprar unas docenas de borradores para tablero y colocarlos en todos los salones. Varios colegas que se enteraron, jocosamente me auguraron que no durarían más de dos semanas, y efectivamente el único que duró más de dos semanas fue el del laboratorio de idiomas.

El espacio que le correspondía a la Licenciatura en Inglés era tan pequeño y servía de oficina, archivador, cafetería, sala de espera y sala de profesores, todo en un mismo lugar. Al ingresar se encontraban los dos puestos para los asistentes administrativos, también había varios archivadores, una nevera pequeña y lo más increíble; lo que llamaban sala de profesores eran unos ocho cubículos de madera pegados uno del otro, muy pequeños pero que tenían nombre propio. Aunque en ninguna parte estaban dichos nombres, era delicado sentarse en alguno de ellos sin la autorización respectiva. Las cafeterías de la Macarena A, también lograron sorprenderme. La cafetería donde Rosita era muy grande, con mesas metálicas grandes y que parecía que no las limpiaban. Además, las dos cafeterías donde el Primo y donde Lucy, cafeterías al aire libre en esta sede donde el frío y la llovizna son nuestros compañeros diarios. Otro tema que tampoco nunca he entendido.

Pero todas estas limitaciones pasaron a un último plano después de mi primera clase en esta facultad cuando tuve la oportunidad de conocer a mi primer grupo de estudiantes de la Universidad Distrital. La calidad académica, la motivación, avidez y

calidez de los estudiantes, rompieron de inmediato todos estos paradigmas de escasez y despertaron una inspiración, y un orgullo por pertenecer a esta facultad. Así, se inició este nuevo proyecto de vida académico y profesional de abundantes siembras y cosechas de conocimiento, acompañadas de momentos memorables y anecdóticos. Por ejemplo, cómo olvidar que una visita de pares académicos del MEN estuvo acompañada por disturbios donde los encapuchados utilizaron un vehículo de los docentes del programa justo como escudo.

Mi trasegar normal de en la academia se vio interrumpido por el Paro Estudiantil del 2011. La ley 30 logró unir a estudiantes, docentes y a toda la comunidad en torno a la defensa de la educación. Esta vez no importó si eras docente de planta o de vinculación especial, padre, estudiante o funcionario, todos estábamos en un mismo sentir. Durante este paro, el más largo que recuerdo, en nuestra sede se potenciaron la creatividad y todo tipo de manifestaciones artísticas, conversatorios, discusiones y debates académicos. La gran mayoría de los estudiantes a diferencia de ahora, si asistían diariamente, incluso más que si hubiera normalidad académica. Se reunían en frente del al auditorio o en La Aburrida o en otros espacios para planearlas estrategias y actividades, diseñar documentos y actividades para manifestarse. Era común ver todo tipo de materiales reciclables o no, manifestaciones artísticas de todos los colores para plasmar los pensamientos en contra de esta reforma. También se estableció un campamento estudiantil donde armaron carpas por varios pisos del edificio y varios estudiantes se quedaron en la sede asegurando su alimentación con las ollas comunitarias. Después de siete meses de paro, pudimos regresar a la academia.

Y por fin, sucedió algo que borraría para siempre esas memorias del laberinto: la tan ansiada renovación de la Sede A de la Macarena. La sede inaugurada desde 1984 que parecía que no se le hubieran hecho arreglos ni mantenimientos desde entonces, pero que, en realidad, no importaba que mantenimientos o mejoras se hicieran, el aspecto de sus instalaciones no cambiaba. Esta sede por fin sería objeto de una intervención. Se empieza a ejecutar el Plan Maestro de Desarrollo Físico que incluiría el reforzamiento estructural, la adecuación y construcción del edificio Macarena A. Aunque este proceso de remodelación sí que trajo consigo bastantes dificultades e inconveniencias, sobrecarga de trabajo para los funcionarios, constantes trasteos de oficinas, escasez de espacios, y movilización de archivos con sus respectivos daños y pérdidas. Como dato curioso, en nuestra Licenciatura se perdió la estatuilla de un Premio muy importante que había sido otorgado al programa apenas dos años antes por la Asociación Colombiana de Profesores de inglés. Para iniciar las obras, se dio la construcción de los salones modulares llamados burlonamente por los estudiantes galpones o gallineros. Una medida temporal, pero que terminó siendo permanente. Y durante esos 15 meses todos esperamos pacientemente mientras escuchábamos los ruidos de la construcción junto con los reportes de avance de la obra.

Y vaya que valió la pena la espera. Que asombró y gran alegría fue volver a habitar la sede después de la remodelación del 2015. Ya no era la sede que había estado en mi mente por tres décadas. Ahora lucía como todo un campus universitario, una sede moderna, amplia, iluminada, las paredes recién pintadas y con expresiones artísticas plasmadas de forma uniforme, los pisos con

enchapes grandes y de color claro. Había aulas de clase, aulas magistrales y aulas de trabajo colaborativo y autónomo, también sala de profesores, cafetería, salas de sistemas, espacios administrativos y la biblioteca. Todas las aulas eran lindas, limpias, cómodas, con pupitres nuevos, escritorios grandes y recursos tecnológicos. Y como en los cuentos de hadas, todos vivíamos felices en nuestra hermosa sede Macarena A hasta que nos vimos obligados a abandonarla.

Nos llegó el reto de continuar la academia por más de dos años de manera virtual. Ojalá hubiera hecho caso y aceptado todas las invitaciones de la facultad y del PAET Proyecto Académico Transversal de Educación en Tecnología a participar en cursos y talleres sobre virtualización, Moodle y todas esas herramientas. Cuando nos llegó el confinamiento obligatorio provocado por el COVID, nos tocó aprender de inmediato a utilizar todas las herramientas en un curso express de “diciendo y haciendo”. Por más de dos años creamos aulas con completos desconocidos. Día a día se sentía el sin sabor y la incomodidad de enfrentar esa pantalla ingrata de la plataforma GoogleMeet, para los que no somos tan amantes de enseñar virtualmente, donde los estudiantes estaban sin estar. En pocos momentos importantes se lograba conocer a algún estudiante que se atrevía a prender la cámara.

Fue más que un reto para estudiantes y docentes, sin embargo, recurrimos a todo nuestro ahínco para acompañar a los estudiantes que, aunque lejanos dejaban entrever las dificultades personales, familiares, económicas que estaban enfrentando por la pandemia. La universidad reunió todos los recursos económicos, tecnológicos y humanos para culminar exitosamente las actividades académicas de cada uno de los semestres de pandemia y después de dos

años regresamos a nuestra sede.

El ser miembro de esta Facultad y de la Licenciatura en Lenguas Extranjeras con Énfasis en Inglés en estas décadas me trae a la memoria ese recorrido lleno de aprendizajes, experiencias, sentimientos y anécdotas. Sin lugar a duda he aprendido mucho más sobre educación, investigación y enseñanza de lenguas en esta, mi casa, no solo por los conversatorios, reuniones y discusiones académicas al interior del programa con docentes y estudiantes, sino también observando las prácticas de cada uno de mis colegas. He sentido un gran orgullo por los logros del programa, el importante Premio Claire de Silva que le otorgó la reconocida Asociación Colombiana de Profesores de Inglés en octubre del 2012, la acreditación de alta calidad del 2012, la re-acreditación de alta calidad del 2017. También ha sido nuestro orgullo los logros de los colegas por su profesionalización, sus investigaciones y publicaciones. Mi mayor orgullo es ver a la gran cantidad de estudiantes graduados en cada cohorte y, el sinnúmero de estudiantes que han obtenido becas muy competitivas y otros que se encuentran en las esquinas de nuestro país y del mundo llevando en alto el nombre de nuestro programa, de nuestra Facultad y de nuestro país. También se siente nostalgia y tristeza por colegas maravillosos que ya no están, pero que nos dejaron enseñanzas y marcaron su huella en nuestro programa como la Profesora Janeth Velásquez, la Profesora Amparo Latorre, el Profesor Luis Fernando Gómez, y el Profesor Thomas Osorio (Q.E.P.D). El pertenecer a esta Facultad y a la Licenciatura, cuando cumple sus 50 años, es una fortuna que inspira en lo profundo de mi corazón, un orgullo y sobre todo un agradecimiento a DIOS y a cada uno de los estudiantes, inspiradores, quienes me han dado el privilegio

de acompañar sus trayectorias académicas, pero más que eso, de conocer sus historias de vida, y de resiliencia. Un agradecimiento que, como dice Billy Graham, está lleno de un verdadero significado y no solamente la formalidad de un cortés gracias.

Figura 1. *Sede Macarena A.*



Fuente: *galería personal.*

Figura 2. *Área antigua Secretaría Académica.*



Fuente: *galería personal.*

Figura 3. *Antigua Secretaría Académica.*



Fuente: galería personal.

Figura 4. *Ventana a la antigua cafetería.*



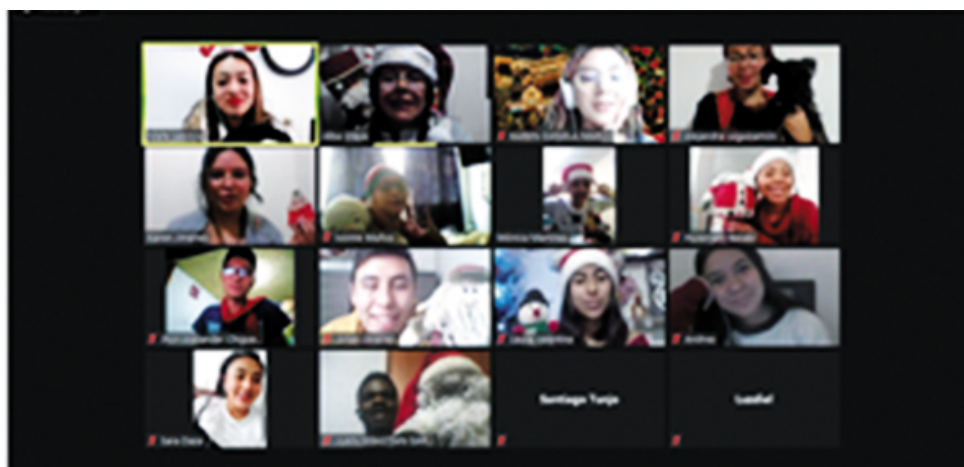
Fuente: galería personal.

Figura 5. Creaciones estudiantes para estudiantil.



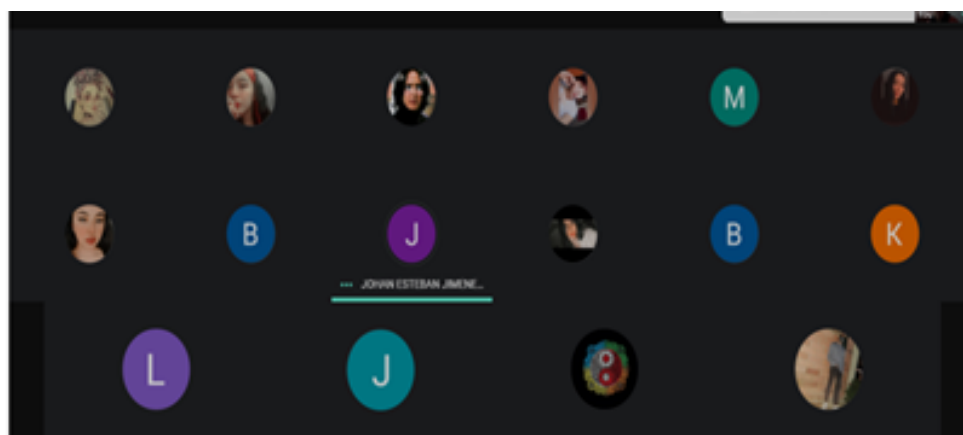
Fuente: galería personal.

Figura 6. Clase virtual en la Pandemia.



Fuente: galería personal.

Figura 7. Clases virtuales en la Pandemia.



Fuente: galería personal.

Figura 8. Sede Macarena A.



Fuente: galería personal.

Figura 9. *Antigua Sede Macarena A.*



Fuente: *galería personal.*